

De todos modos, se ve claramente que los españoles se han batido con bizarría.

La batalla siguió hasta bien entrada la noche, y quedaron los respectivos ejércitos á un kilómetro de distancia. Hoy al amanecer habrá seguido el combate; pero de su resultado nada sabremos probablemente hasta pasado mañana, puesto que del de ayer, como llevo dicho, no hay en el ministerio de la Guerra noticias oficiales.

La gente está contenta porque reconoce á sus

soldados en esa resistencia de trece horas conteniendo el avance de un enemigo tres veces más numeroso. ¡Ah! ¡si pudiéramos tener confianza en el Gobierno! Pero, para echar agua al fuego, *La Correspondencia* publica en su «última hora» una nota oficiosa asegurando que los señores ministros «no pueden ocultar sus malas impresiones». ¿Y por qué no dicen en qué las fundan?

Porque bien pudieran ser malas las impresiones porque ellos contaban con que los yankees entrarían sin dificultad en Santiago para tener un pretexto más de humillación.

No puedo resistir al deseo de copiar algunos párrafos del *New York Times*, que traduce el *Herald*.

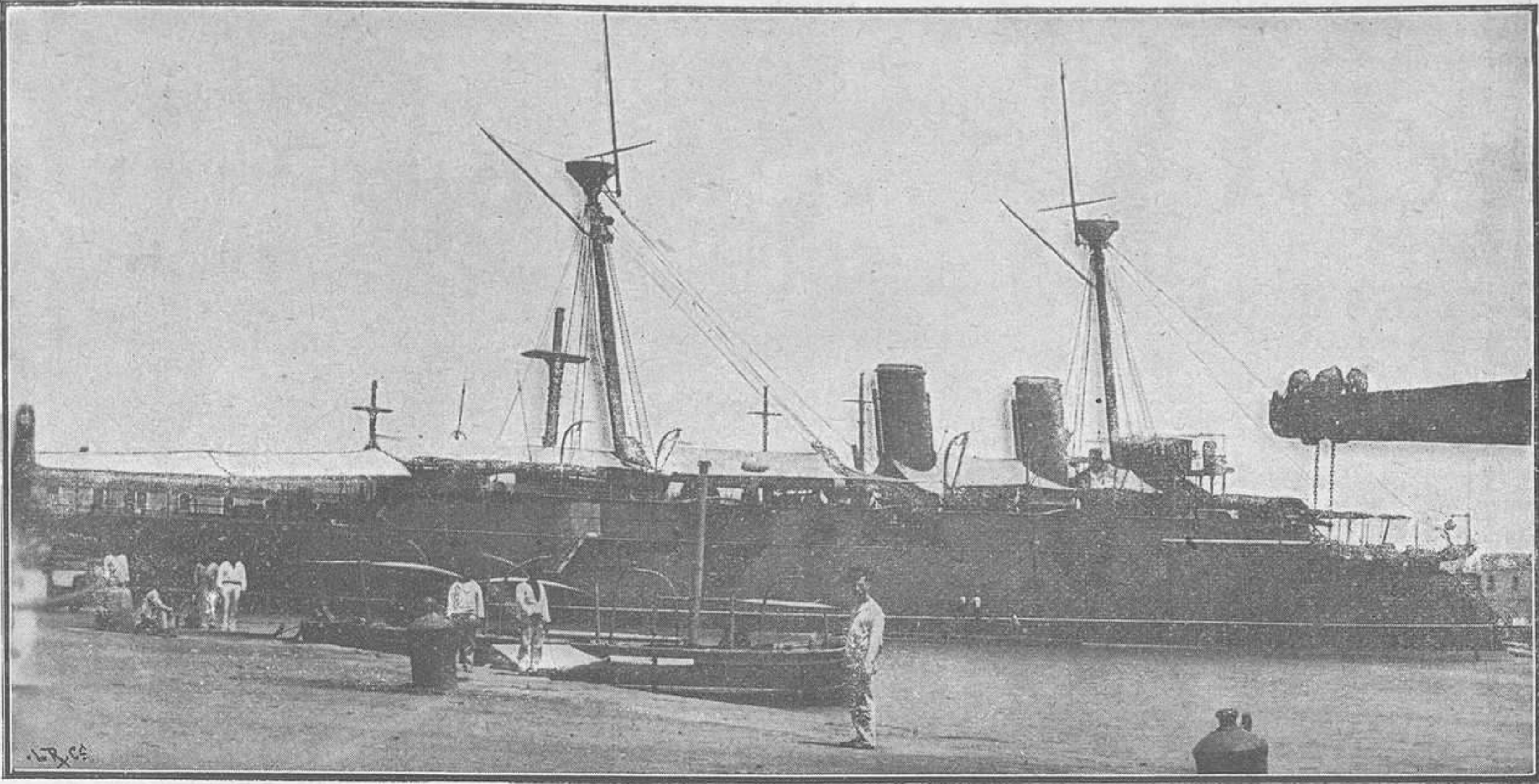
Se trata de la proyectada expedición á nuestras costas, y dice: «Los soldados americanos no deben limitarse á mirar desde la cubierta de los barcos las ciudades españolas; la más útil de todas las expediciones (¡de todas! pero ¡de veras van ustedes á hacer muchas?) será la que desembarque en territorio español.»

¡Sí señor, ésa será la más útil, porque servirá de abono á nuestras tierras, que bien lo necesitan. Porque supongo que no se hará usted la ilusión de que el americano que ponga la pezuña en suelo español va á volver á contárselo á su señora madre, ¿eh?

Y sigue: «Europa no protestará de que nosotros invadamos la Península (¡qué ha de protestar, hombre, ni nosotros tampoco; al contrario, nos darían ustedes un plato de gusto!) destruyendo sus principales poblaciones (¡pillor! ¡destructor!) y apoderándonos de Madrid. Para ello se dispone nuestro Gobierno.»

¡Mentira! Para lo que se dispone vuestro Gobierno ¡oh hato de imbéciles! es para lanzar baladronadas de esas á ver si los melocotones de la *Unión Catalanista* aprietan en lo de la paz, que es lo que vosotros estáis deseando.

¡Apoderarse de Madrid! Pero ¿esa vil morralla no se ha cuidado de estudiar la historia del país con quien pelea? ¡No! no se ha cuidado de estudiar más que el carácter débil de sus Gobiernos. Y se le figura que es orégano todo el monte.



El «Lepanto» en la dársena del arsenal.

El venerable D. Francisco Pi ha vuelto á empuñar el violón, y ha dicho que «si se quieren evitar trastornos interiores, hay que pedir la paz inmediatamente». ¿Eh? ¡Eso es conocer la nación que se pretende dirigir! Hasta los niños pequeños saben que la revolución vendría con una paz prematura, y sólo D. Francisco cree lo contrario. ¡Y ha sido jefe del Estado y aspira á volver á serlo!

Hay telegrama del insigne general Agustín, fechado en Manila el 26 de Junio, en que dice que la situación sigue siendo la misma. Los tagalos no han adelantado un paso, y los españoles continúan trabajando en las fortificaciones exteriores. El general Monet, á quien se suponía copado por los rebeldes, ha llegado con sus 1.000 hombres á Macabebe, después de vencer á las partidas que pretendían cortarle el paso.

La escuadra de Cámara parece que ha empezado á pasar el canal. Pero no se puede jurar todavía.

¡Qué deseo tengo de que llegue el día de mañana, para ver si se averigua de cierto lo que pasó ayer en el combate de Santiago!

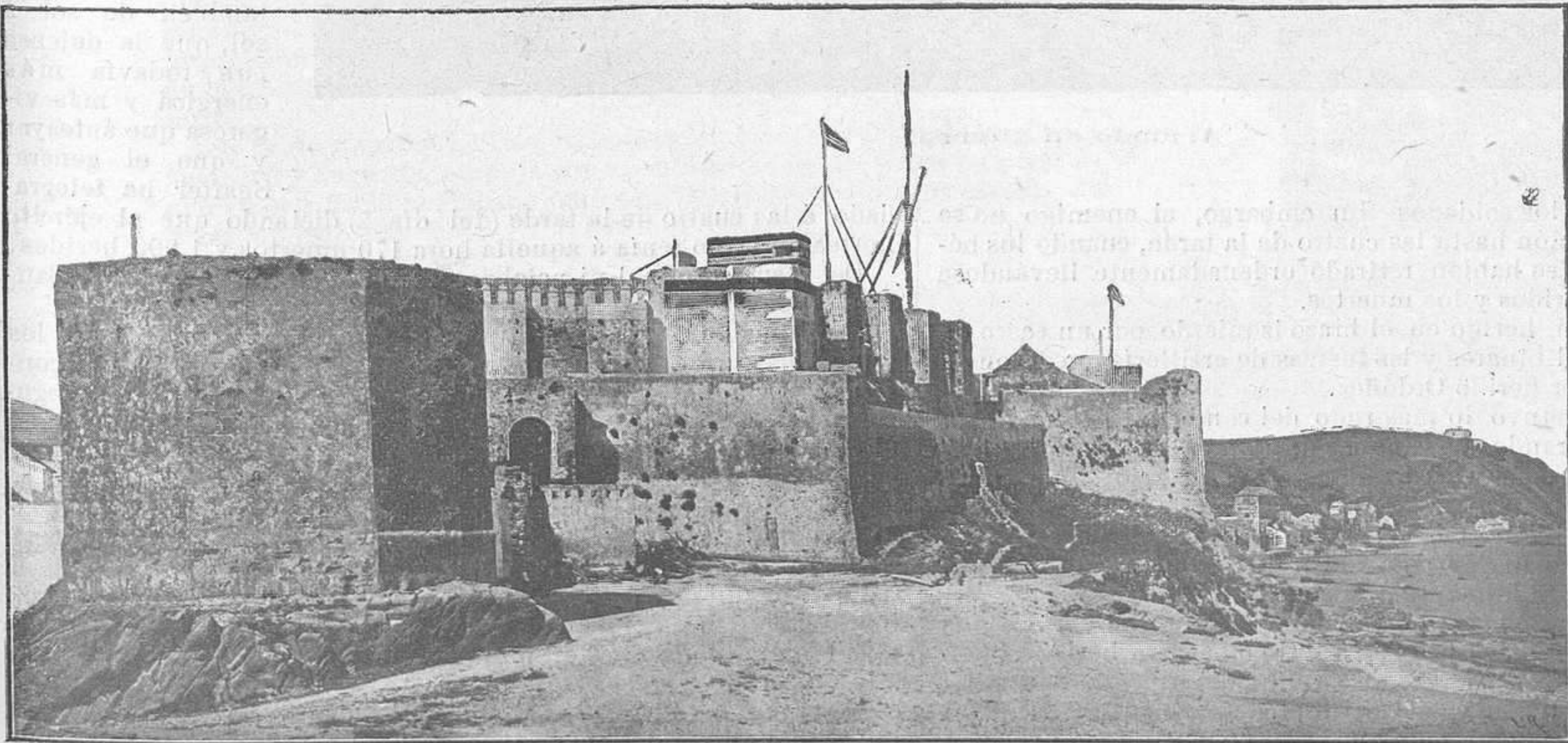
Domingo 3.—Por fin tenemos parte oficial, pero ¡qué parte, santo Dios! A juzgar por él, el combate del día 1.º fué una derrota sin gloria. Además es conciso, anodino, sin interés y sin enjundia.

Insisto en creer que esos despachos los arregla el Gobierno con fines francamente antipatrióticos.

Por fortuna hay ya suficientes informes para saber con exactitud lo que ha pasado, que ha sido lo siguiente:

A las ocho de la mañana del día 1.º, el general Shafter dió la orden de ataque general, combinado con la escuadra de Sampson y seguramente con la idea de que la escasa fuerza que defendía las posiciones españolas (5.000 hombres) no podría resistir el avance. Formó, pues, tres divisiones; el ala derecha, mandada por Lawton, constituíanla tres brigadas con un total de ocho regimientos de infantería, uno de artillería y los insurrectos el mando de Calixto. Toda esta gente cayó sobre el Caney, defendido

por 300 soldados españoles al mando del general Vara de Rey. El centro se componía de la brigada del general Arthur, y el ala derecha, apoyada por los buques de la escuadra, de la del general Kent, que cargó sobre las fortificaciones de Aguadores. El ataque fué simultáneo y contestado en todas partes vigorosamente. El enemigo avanzó conquistando el terreno palmo á palmo. En el Caney murió gloriosamente el general Vara de Rey y todos los



Tarifa.—CASTILLO DE GUZMÁN «EL BUENO».